

Fortunata y Jacinta

Benito Pérez Galdós narra en *Fortunata y Jacinta* la historia de dos mujeres de distinta clase social vinculadas por su relación con el mismo hombre. La variedad de personajes e historias secundarias, la descripción de distintos ambientes y la observación minuciosa con que Galdós traza un amplísimo retrato del Madrid del siglo XIX hacen de esta novela una de las obras maestras del Realismo.

Juanito conoce a Fortunata

Juanito Santa Cruz es un joven de buena familia, hijo de comerciantes, que une a su buena presencia un ingenio fácil y un carácter simpático. Un día va a visitar a un dependiente de su padre y conoce a Fortunata.

Al pasar junto a la puerta de una de las habitaciones del entresuelo, Juanito la vio abierta y, lo que es natural, miró hacia dentro, pues todos los accidentes de aquel recinto despertaban en sumo grado su curiosidad. Pensó no ver nada y vio algo que de pronto le impresionó, una mujer bonita, joven, alta... Parecía estar en acecho, movida de una curiosidad semejante a la de Santa Cruz, deseando saber quién de monitos subía a tales horas por aquella endiablada escalera. La moza tenía pañuelo azul claro por la cabeza y un mantón sobre los hombros, y en el momento de ver al Delfín¹, se infló como un globo, que hizo ese característico ar-driñear de brazos y alzamiento de hombros con las maderas del pueblo se agasajaban dentro del mantón, movimiento que les da cierta semejanza con una gallina que esponeja su plumaje y se ahueca para volver luego a su voluntad.

Juanito no pecaba de corto, y al ver a la chica y observar lo linda que era y lo bien calzada que estaba, diéronle ganas de tomarse confianzas con ella.

—¿Vive aquí —le preguntó— el Sr. de Estupiñá?
—¿Don Plácido?... en lo más último de arriba —contestó la joven, dando algunos pasos hacia fuera.

Y Juanito pensó: «Tú sales para que te vea el pie. Buena botas... Pensando esto, advirtió que la muchacha sacaba del mantón una mano con mitón² encarnado y que se la llevaba a la boca. La confianza se desbordaba del pecho del joven Santa Cruz, y no pudo menos de decir:

—¿Qué come usted, criatura?
—¿No lo ve usted? —replicó mostrándosele—. Un huevo.

—¿Un huevo crudo!

Con mucho domaire, la muchacha se llevó a la boca por segunda vez el huevo roto y se atizó otro sorbo.

—No sé cómo puede usted comer esas babas crudas —dijo Santa Cruz, no hallando mejor modo de trabar conversación.

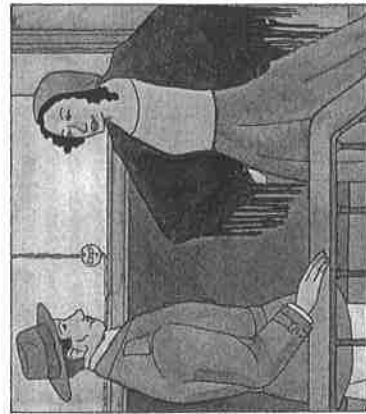
—Mejor que guisadas. ¿Quiere usted? —replicó ella ofreciéndole al Delfín lo que en el cascarón quedaba.

Por entre los dedos de la chica se escurrían aquellas babas gelatinosas y transparentes. Tuvo tentaciones Juanito de aceptar la oferta; pero no: le repugnaban los huevos crudos.

—No, gracias.
Ella entonces se lo acabó de sorber, y arrojó el cascarón, que fue a estrellarse contra la pared del tramo inferior. Estaba limpiándose los dedos con el pañuelo, y Juanito discutiendo por dónde pegaría la hebra, cuando sonó abajo una voz terrible que dijo:

—¡Fortunaaaá!
Entonces la chica se inclinó en el pasamanos y soltó un *yia* voy con chillido tan penetrante que Juanito creyó se le desgarraba el tímpano. El *yia* principalmente sonó como la vibración agudísima de una hoja de acero al desizitarse sobre otra. Y al soltar aquel sonido, digno canto de tal ave, la moza se arrojó con tanta presteza por las escaleras abajo, que parecía rodar por ellas.

1. el Delfín: primogénito del rey de Francia; Galdós se refiere así al heredero de los Santa Cruz.
2. mitón: guante de punto que deja los dedos al descubiertos.



La miseria

Juanito estable una relación amorosa con Fortunata. Ésta se queda embarazada, pero él la abandona para casarse con una joven acomodada, Jacinta, en un matrimonio concertado por los padres de ambos. Juanito confiesa a su mujer su relación pasada con Fortunata y la existencia del hijo fruto de ella; Jacinta, tiempo después, decide ir a buscar al niño en compañía de Guillermina, una caritativa amiga.



Pasaron junto a las dos damas figuras andrajosas, ciegos que iban dando palos en el suelo, lisiados con montera¹ de pelo, pantalón de soldado, horribles caras. Jacinta se apretaba contra la pared para dejar paso franco. Encontraban mujeres con pañuelo a la cabeza y mantón pardo, tapándose la boca con la mano envuelta en un pliegue del mismo mantón. Parecían morras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz. Algunas eran agraciadas; pero la mayor parte eran flacas, pálidas, tripudadas y envejecidas antes de tiempo.

Por los ventanuchos abiertos salía, con el olor a fritangas y el ambiente chinchoso², murmullo de conversaciones dejosas³, arrastrando toscamente las silabas finales. Este modo de hablar de la tierra ha nacido en una mixtura entre el *dejo* andaluz, puesto de moda por los soldados, y el *dejo* aragonés, que se asimilan todos los que quieren darse aires varoniles. Nueva barricada de chiquillos les cortó el paso. Al verles, Jacinta y aun Guillermina, a pesar de su costumbre de ver cosas raras, quedáronse pasmadas, y hubiéralas dado espanto

1. montera: gorra.
2. chinchoso: plagado de chinchas.
3. dejosas: con pronunciación y acento (*dejo*) peculiar.
4. tagarones: muchachos altos y desgarbados.
5. chafarínones: manichas.

Fortunata observa a Jacinta

El hijo de Fortunata muere, y ella lleva una vida disipada hasta que conoce a Maximiliano Rubin, que se propone redimirlo y casarse con ella. Fortunata acepta sin estar verdaderamente enamorada, pero la familia de Maximiliano impone su matrimonio previo en una institución religiosa, hasta que consiga reformarse. Allí es donde ve por primera vez a Jacinta.

Desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, Fortunata no quitó de ella sus ojos, examinándole con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y el vestido. Confundida con otras compañeras en un grupo que estaba a la puerta del comedor, la siguió con sus miradas, y se puso en acecho junto a la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, por fin, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria.

La impresión moral que recibió la samaritana¹ era tan compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente su natural rudo y apasionado la llevó en el primer momento a la envidia. Aquella mujer le había quitado

lo que miraban, si las risas de ellos no diliparan toda impresión terrorífica. Era una manada de salvajes, compuesta de dos tagarotes⁴ como de diez y doce años, una niña más chica, y otros dos *chavales*, cuya edad y sexo no se podía saber. Tenían todos ellos la cara y las manos llenas de chafarínones⁵ negros, hechos con algo que debía de ser betún o barniz japonés del más fuerte. Uno se había pintado rayas en el rostro, otro anteojos, aquél bigotes, cejas y patillas con tan mala maña, que toda la cara parecía vuelta en heces de tintero. Los pequeñuelos no parecían pertenecer a la raza humana, y con aquel maldito tizne extendido y resobado por la cara y las manos semejabán micos, diablillos o engendros infernales.

lo suyo, lo que, a su parecer, le pertenecía de derecho. Pero a este sentimiento mezclábase con extraña amalgama otro muy distinto y más acentuado. Era un deseo ardentísimo de parecerse a Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vio aquel día, ninguna le pareció a Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran a la prójima, en aquel momento, transmitir al cuerpo de otra persona, sin vacilar y a ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

1. samaritana: persona que ayuda desinteresadamente a los demás.

La relación entre Juanito y Fortunata

Juanito reanuda las relaciones con Fortunata, que abandona a su marido por él. Pero Jacinta se entera de las aventuras amorosas de Juanito y le exige que las rompa. Él, por lo demás, ya ha empezado a cansarse de Fortunata, que le parece vulgar.

Sentado en el sofá y con el sombrero puesto, Juan contempló aquel día todo lo que allí había, gozándose en la idea de que lo miraba por última vez. Fortunata estaba en pie, delante de él, y luego se sentó en una banqueta, fijando los ojos en su amante, como en expectativa de algo muy grave que de él esperaba oír.

«Si esta pavisosa —pensó Santa Cruz mirándola también— viene con qué domaire se sienta en un puff! Sofía la Ferrolana, tendría mucho que aprender. Lo que es ésta, ni a palos aprenderá nunca esas blanduras de la gata, esos arqueos de un cuerpo pegadizo y sutil que acaricia el asiento. ¡Ah! ¡Qué besitas nos hizo Dios!...» [...]

—Ven acá, y no te asustes. Yo no quiero más que tu bien. No dirás que no he hecho por ti cuanto estaba en mi mano. Por mi parte, bien lo sabes tú, seguiríamos lo mismo; pero mi mujer se ha enterado... anoche hemos tenido una bronca espantosa, pero espantosa, chica; no puedes figurarte cómo se puso. Se desmayó; tuvimos que llamar al médico. La más negra fue que mis papás se enteraron también del motivo, y... una chillita por aquí, otra por allá; mi padre furioso... entre todos me querían comer.

Fortunata estaba tan absorta y aterrada, que no podía pronunciar palabra alguna.

—Ya te he dicho que lo paso todo, menos dar un disgusto a mis padres. Así es que anoche me planté conmigo mismo, y dije: «Aunque me muera de pena, esto se tiene que acabar». Sé que me costará una enfermedad. El golpe será rudo. No se arranca fibra tan sensible sin que duela mucho. Pero es preciso, y para estos casos son los caracteres...

Mientras ella empezaba a lloriquear, Juan se decía: «Ahora viene la lagrimita. Es infalible. Preparémonos».

—Tonta, no flores, no te aflijas —añadió besándola—. Mira que yo estoy con el alma en un hilo, y si te veo flaquear, soy hombre perdido.

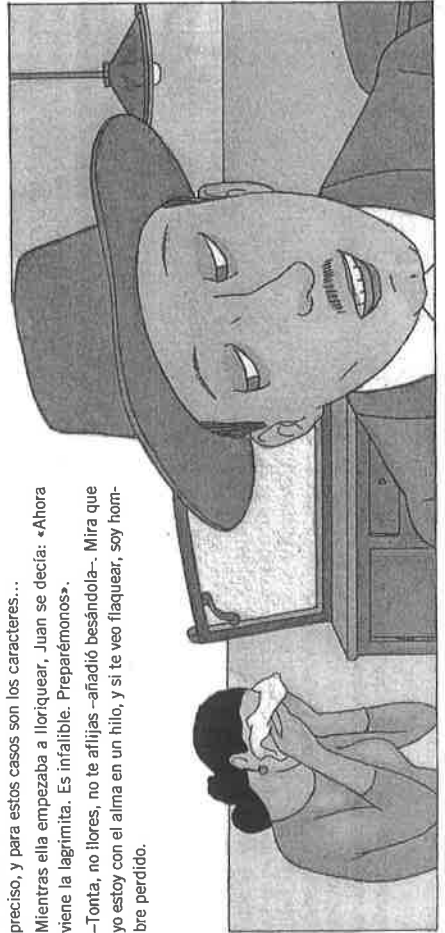
Procuraba mostrarse a dos dedos de romper en llanto, y ponía una cara muy triste.

—No creas —balbuceó la prójima entre sollozos—. Te veía venir. Hace días que la estás tú tramando... Bueno, hemos concluido.

—No, si yo te querré siempre, nena negra. Sólo que no puedo visitarte más. Alguna vez... no digo que no... Pero así, con esta manera de vivir... imposible. Madrid, que parece grande, es muy chico, es una aldea. Aquí todo se hace público, y al fin no hay más remedio que bajar la cabeza. Yo soy casado, tú también; estamos pateando todas las leyes divinas y humanas. Si hubiera muchos como nosotros, pronto la sociedad sería peor que un presidio, un verdadero infierno suelto. ¿No has pensado tú alguna vez en esto?

Lo que Fortunata había pensado era que el amor salva todas las irregularidades, mejor dicho, que el amor lo hace todo regular, que rectifica las leyes, derogando las que se le oponen. Lo había dicho varias veces a su amante, expresándose de una manera ruda; pero en aquel lance, pareciale ridículo volver sobre aquella idea verdadera o falsa del amor, porque en su buen instinto comprendía que toda aquella hojarasca de leyes divinas, principios, conciencia y demás, servía para ocultar el hueco que dejaba el amor fugitivo. Pero ella no le seguiría jamás al terreno de la controversia, porque no sabía desenvolverse con tanta palabra fina.

—Ya me lo decía el corazón —exclamaba, apretando el pañuelo contra sus ojos.



La soledad de Juanito

Posteriormente, Juanito vuelve a arrastrar a Fortunata. Ésta se da a conocer ante Jacinta y le reprocha su incapacidad para darle un hijo a Juanito. Ella en cambio ha quedado otra vez embarazada y se siente su verdadera mujer. Pero Juanito se ha buscado una nueva amante, con la que engaña a Fortunata y a Jacinta. Fortunata enferma y antes de morir escribe un testamento en el que le cede a Jacinta el hijo que ha tenido con Juanito. Jacinta acoge al niño y le hace saber a su marido que su comportamiento la dejará indiferente a partir de ahora.



Había faltado gravemente, ofendiendo a su mujer legítima, abandonando después a su cómplice, y haciendo a ésta digna de compasión y aun de simpatía, por una serie de hechos de que él era exclusivamente responsable. Por fin, Santa Cruz, tratando de rehacer su desastroso amor propio, negó unas cosas, y otras, las más amargas, las endulzó y confió admirablemente, para que pasaran, terminando por afirmar que el chico era suyo y muy suyo, y que por tal lo reconocía y aceptaba, con propósitos de quererle como si le hubiera tenido de su adorada y legítima esposa.

Cuando se quedaron solos los Delfines, Jacinta se despachó a su gusto con su marido, y tan cargada de razón estaba y tan firme y valerosa, que apenas pudo él contestarle, y sus triquiñuelas fueron armas impotentes y risibles contra la verdad que aflujó de los labios de la ofendida consorte. Ésta le hacía temblar con sus acertados juicios, y ya no era fácil que el habildoso caballero triunfara de aquella alma tierna, cuya dialéctica¹ solía debilitarse con la fuerza del cariño. Entonces se vio que la continuidad de los sufrimientos había destruido en Jacinta la estimación a su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin éste redu-

cido a tan miserables proporciones, que casi no se le echaba de ver. La situación desairada en que esto le ponía inflamaba más y más el orgullo de Santa Cruz, y ante el desdén no simulado, sino real y efectivo, que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste que a la víctima no le doliesen ya los golpes que recibía. No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio a que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. Y era tal su confianza en la seguridad de aquel refugio, que al perderlo, experimentó por vez primera esa sensación tristísima de las irreparables pérdidas y del vacío de la vida, sensación que en plena juventud equivale al envejecer, en plena familia equivale al quedarse solo, y marca la hora en que lo mejor de la existencia se corre hacia atrás, quedando a la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo ella, con expresiva sinceridad en sus ojos que nunca engañaban.

—Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapos no me afectan nada.

1. dialéctica: serie ordenada de razonamientos.

Actividades

- 1 Analiza la conducta y la forma de hablar de Fortunata en el primer fragmento.
- 2 Explica cómo es el barrio que visitan Guillermina y Jacinta en «La miseria».
- 3 Describe la imagen de Jacinta que se forma Fortunata cuando la observa por primera vez.
 - Compara este retrato de Jacinta con el de Fortunata en «Juanito conoce a Fortunata».
- 4 ¿Qué pretende Juanito en «La relación entre Juanito y Fortunata»? ¿Qué opina Fortunata?
- 5 En el último texto, el autor expresa sus opiniones acerca de los personajes principales. Resume estas opiniones y redacta tu propia valoración sobre los protagonistas de la obra.
- 6 Imagina un desenlace distinto para la novela y escríbelo.